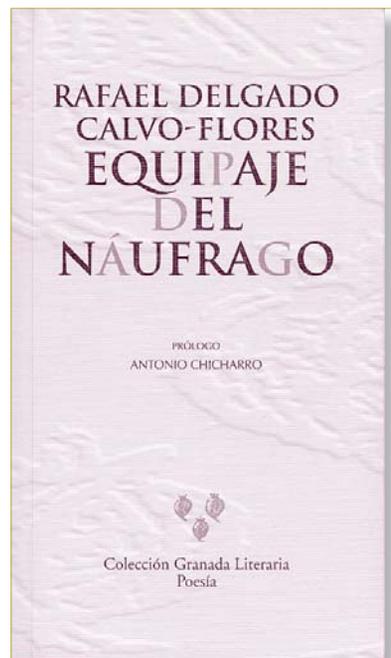


# Un poema metapoético de *Equipaje del náufrago*, de Rafael Delgado Calvo-Flores

## POESÍA

Rafael Delgado Calvo-Flores  
*Equipaje del náufrago*  
Excmo. Ayuntamiento de Granada  
Granada, 2008

Antonio Chicharro Chamorro



HACE pocos meses que ha aparecido a la luz pública un nuevo libro de poesía de Rafael Delgado Calvo-Flores. Se trata de *Equipaje del Náufrago* (Granada, Ayuntamiento de Granada, 2008, col. Granada Literaria), un libro que, como he dejado escrito en el prólogo que he tenido ocasión de escribir para el mismo, viene a enriquecer un proyecto creador, del que nuestro poeta ofrece sus claves en el poema-epílogo que lo cierra. Este poema, junto con los que nutren la primera parte del poemario —éste tiene tres partes: “Libro Primero: La Pasión en la Palabra”, “Libro Segundo: Diálogos de Soledad” y “Libro Tercero: Palabra de Hombre”—, viene a ser, como digo, un poema metapoético, un poema que habla de la poesía desde la poesía misma, uno de los grandes y recurrentes temas del discurso poético. Rafael Delgado Calvo-Flores ha contribuido, pues, a pagar su tributo como poeta al poner en el centro de su palabra poética una reflexión esencial sobre un género de alta densidad semántica y con el que se logra una profunda comunicación como la que ensayara, por poner un solo y alto ejemplo, José Hierro con su poema “Respuesta”. Recordemos: Ante la imposibilidad de entenderse sin palabras en lo esencial con el otro, al menos lo hace con la palabra poética, la comunicación pues menos imperfecta entre seres humanos. Escribía allí Hierro:

*Quisiera que tú me entendieses a mí sin palabras.  
Sin palabras hablarte, lo mismo que se habla mi gente.  
Que tú me entendieses a mí sin palabras,  
como entiendo yo al mar o a la brisa enredada en un álamo  
verde.*

Pues bien, en el poema-epílogo expresivamente titulado “Algo, ¡tan humano!” quedan sus ideas esenciales de lo que pueda ser para el sujeto poemático un poema: un fruto de la humana condición del poeta que, acorde con su propia vida, surge a partir de una suerte de imprevista introspección de la que manan las reveladoras palabras que, revaluadas significativamente gracias al código estético que en ese momento aplica el poeta, con mayor o menor consciencia, guardan la sombra verbal de una honda y efímera emoción estética provocada por las grandes cuestiones derivadas de la experiencia del ser humano frente al tiempo; la consciencia de distintos procesos creadores en la conformación de los poemas, poemas que ya obedecen a la espontaneidad y al flujo creadores o ya exigen el cuerpo a cuerpo de la lucha contra la turbadora inmensidad de la página en blanco pujando por

salir y que alcanzan finalmente su propia y autónoma existencia verbal observada con conciencia de alteridad por su creador.

Al final y ante el propio asombro del poeta, el poema queda objetivado fuera de quien le ha dado su existencia en su cárcel de papel para poder ser así liberado en cada lectura que del mismo se emprenda. En estas mismas páginas queda el poema reproducido para que, aquí y ahora, lo devuelva a la vida de la significación unos ojos de lector. A ello lo invito.

## EPÍLOGO

*El amor y la pena  
despiertan en mi pecho una ansia ardiente*

Fray Luis de León

## ALGO, ¡TAN HUMANO!

Son mis poemas,  
en su cuerpo de papel, tinta  
y palabras,  
de la humana condición hijos:  
acordes de mi voz, pulso de mis latidos,  
instinto de mis sentimientos.  
Inesperado ocurre todo,  
cual fugaz destello, súbito desgarro de los velos de la razón,  
destapiada ventana a la cara oculta de mi universo;  
y la emoción, desasida del alma, aflora, ya libre,  
transmutada en palabra.

—El verbo, ¡cómo se estremece de emoción!  
Nada importa, si radiante u obscuro,  
gozoso o sombrío, trascendente o huidizo:  
¡el poema ha querido concebirse!  
—Qué importa si en la vorágine del mundo, evocado;  
de la cárcel del recuerdo, penado;  
o de nostalgia por el tiempo definitivo, ardiendo:  
La pasión por la palabra  
finalmente florecida en lucidez.

Hijos presurosos tengo,  
tanto que quisieran serlo de la luz;  
a un rico orbe en penumbra  
surgidos como tersos rayos de sol,  
destapes de la perfección a la sutil forma:  
Palabra,  
verso,  
estrofa...,  
en un ademán, casi en un suspiro, gestados y paridos;  
hacia los jardines de un íntimo edín, señeros caminos.

También puedo llamar míos  
a los compañeros de las horas,

aquéllos que por su ser de espíritu pugnan;  
en una blanca lámina de papel  
inadaptados huéspedes;  
de unos garabatos, envarado deseo;  
entintada materia  
contendiente de las emociones:  
Semilla, en el principio;  
más tarde, informe cuerpo,  
en sus mínimos detalles a esculpir  
—sutilezas del verbo—;  
en domeñada madurez, término.  
—¡Qué triste fue su nacimiento!  
y la faz sombría muestra.  
Porque más que poema, palabras  
—hermosura en letra sentida—,  
el espectro de tin lamento parece.  
—Bello es aquél como la pureza,  
el semblante de la paz tiene  
y de íntimo gozo esplende.  
Que un ansia ardiente  
despiertan en mi pecho  
el amor y la pena.

139

Y estos mis poemas,  
de la humana condición hijos  
—cuerpo de papel,  
tinta  
y palabras—,  
un estado alcanzan  
en que no nie pertenecen.  
Acordes de mi voz,  
pulso de mis latidos,  
seguro instinto de mis sentimientos;  
su propia existencia reivindicán;  
defiéndose de las rectificaciones,  
del perfeccionista y su destructivo celo.  
En unos entrañables desconocidos  
se han mutado:  
Algo, ¡tan humano!

despiertan en mi pecho  
el amor y la pena.